Revista Internacional del Instituto de Pensamiento Liberal



# Reconocimiento, clasificaciones sociales y poder: una crítica a los sistemas institucionales de producción identitaria experta

Artículo de reflexión

*"Las instituciones conservan sistemas de referencia producidos en contextos históricos específicos. Pero las condiciones sociales, económicas, tecnológicas y culturales continúan transformándose. Como resultado, toda institución enfrenta permanentemente el desafío de reproducir estructuras heredadas mientras intenta adaptarse a realidades cambiantes. Esta tensión puede observarse con claridad en numerosos ámbitos contemporáneos"*

**(Castro; 2026)**

# Reconocimiento, clasificaciones sociales y poder: una crítica a los sistemas institucionales de producción identitaria experta

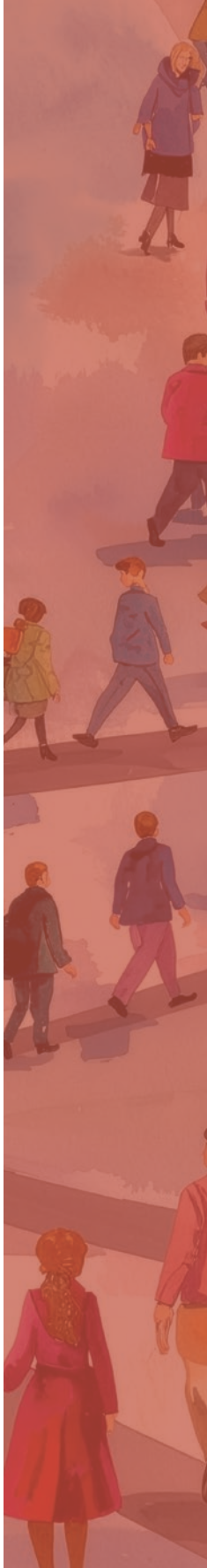
## Recognition, Social Classifications, and Power: A Critique of Institutional Systems of Expert Identity Production

Artículo de reflexión

*Autor:*
***Miltón Orlando Castro Chaparro***
*Universidad Nacional de Colombia*

ORCID: http://orcid.org/0000-0002-3862-0841
Correo electrónico: miltonocastroch@gmail.com

*Recibido: 12-01-2026*
*Aceptado: 14-05-2026*



## Resumen

**Objetivo.** Analizar críticamente las clasificaciones sociales como dispositivos institucionales de producción de significado, reconocimiento e identidad, examinando su relación con los sistemas de referencia, la experticia y las relaciones de poder en las sociedades contemporáneas. **Método.** Se desarrolla un artículo de reflexión sustentado en un análisis teórico-crítico e interdisciplinario que articula aportes de las ciencias de la complejidad, la teoría de sistemas, la sociología del conocimiento, la filosofía política y los estudios sobre poder simbólico, colonialidad, género y producción institucional del conocimiento. El análisis se centra en los procesos mediante los cuales las categorías sociales son producidas, estabilizadas, legitimadas y transformadas históricamente. **Resultados.** Se plantea que las clasificaciones sociales no constituyen representaciones neutrales de realidades preexistentes, sino estabilizaciones temporales dentro de sistemas dinámicos de referencia. Su institucionalización distribuye reconocimiento, autoridad y capacidad de intervención, fortaleciendo determinados saberes expertos mientras puede invisibilizar conocimientos producidos por comunidades no legitimadas institucionalmente. Asimismo, la producción simbólica emerge como una infraestructura central del poder contemporáneo, particularmente frente a la expansión de plataformas digitales, sistemas algorítmicos y dispositivos especializados de clasificación. **Conclusión:** Democratizar el reconocimiento exige ampliar la capacidad de distintas comunidades para producir, validar e institucionalizar sus propios sistemas de referencia. El estudio de las clasificaciones debe desplazarse de las categorías establecidas hacia los procesos históricos de producción simbólica, legitimación, institucionalización y disputa que articulan conocimiento, identidad y poder.

**Palabras clave:** reconocimiento; clasificaciones sociales; poder simbólico; identidad; sistemas de referencia; experticia.

## Abstract

**Objective.** To critically analyze social classifications as institutional devices for producing meaning, recognition, and identity, examining their relationship with systems of reference, expertise, and power relations in contemporary societies. **Method.** This reflection article adopts an interdisciplinary critical-theoretical approach combining contributions from complexity sciences, systems theory, sociology of knowledge, political philosophy, and studies on symbolic power, coloniality, gender, and institutional knowledge production. The analysis focuses on the processes through which social categories are historically produced, stabilized, legitimized, and transformed. **Results.** The article argues that social classifications are not neutral representations of pre-existing realities, but temporary stabilizations within dynamic systems of reference. Their institutionalization distributes recognition, authority, and capacities for intervention, strengthening certain forms of expert knowledge while potentially rendering invisible the knowledge produced by communities lacking institutional legitimacy. Symbolic production thus emerges as a central infrastructure of contemporary power, particularly with the expansion of digital platforms, algorithmic systems, and specialized classification mechanisms. **Conclusion.** Democratizing recognition requires expanding the effective capacity of diverse communities to produce, validate, and institutionalize their own systems of reference. Consequently, the study of social classifications should move beyond established categories toward the historical processes of symbolic

production, legitimation, institutionalization, and contestation through which knowledge, identity, and power are interconnected.

**Keywords:** recognition; social classifications; symbolic power; identity; systems of reference; expertise.

# Introducción

El orden cultural no solo preserva a una sociedad, también puede destruirla. No únicamente cuando se expresa mediante la guerra, el exterminio o la violencia abierta, sino también cuando consigue imponer formas legítimas de comprender la realidad que vuelven aceptables la exclusión, la desigualdad o el sufrimiento de poblaciones enteras. A lo largo de la historia, algunos de los episodios más devastadores para la humanidad no fueron ejecutados por individuos incapaces de distinguir entre el bien y el mal, sino por comunidades e instituciones convencidas de estar actuando correctamente. En los juicios posteriores al régimen nazi, muchos funcionarios justificaron su participación en el exterminio afirmando que simplemente cumplían con su deber. Hannah Arendt (1963) encontró en esa respuesta una de las expresiones más inquietantes de la modernidad: la capacidad de un sistema institucional para convertir la obediencia en una forma de suspensión del juicio moral. El problema no residía únicamente en quienes ejecutaban las órdenes, sino en un orden cultural capaz de hacerlas aparecer como razonables, necesarias e incluso legítimas.

Este fenómeno no constituye una excepción histórica. Rita Segato (2016) ha mostrado cómo múltiples formas contemporáneas de violencia contra las mujeres no responden exclusivamente a impulsos individuales, sino que funcionan como actos de reafirmación dentro de un orden patriarcal que produce identidades masculinas mediante la dominación. Silvia Federici (2004), por su parte, evidenció que la consolidación del capitalismo moderno requirió invisibilizar amplios sectores del trabajo humano para convertirlos en recursos aparentemente naturales del proceso económico. Enrique Dussel (1994), Orlando Fals Borda (1986) y Luis Guillermo Vasco (2002) han mostrado, desde distintos lugares de enunciación, que la colonización no sólo implicó la ocupación militar o económica de los territorios; supuso también la imposición de formas legítimas de nombrar el mundo, clasificar a las poblaciones y definir qué conocimientos podían reconocerse como verdaderos mientras otros eran reducidos a superstición, folklore o ignorancia.

Todos estos procesos comparten un mecanismo que con frecuencia permanece oculto: la producción institucional de sistemas de referencia capaces de organizar la percepción colectiva de la realidad. Antes de intervenir sobre el mundo, las sociedades necesitan construir formas relativamente compartidas de comprenderlo. Ninguna decisión política, económica, jurídica o científica ocurre sobre una realidad desnuda; todas se apoyan en marcos culturales que establecen qué diferencias resultan relevantes, qué problemas merecen atención, quién posee autoridad para interpretarlos y qué formas de intervención aparecen como legítimas. En este sentido, la lucha por el poder comienza mucho antes del ejercicio de la fuerza. Comienza en la disputa por la producción social del significado.

Las sociedades contemporáneas viven rodeadas de clasificaciones. Nacemos dentro de ellas, aprendemos a nombrarlas antes de comprenderlas y

terminamos organizando buena parte de nuestra experiencia a partir de categorías cuya existencia rara vez ponemos en cuestión: hombre, mujer, no binario; sano – enfermo; normal-anormal; ciudadano(a)-extranjero(a); pobreza-riqueza; experto e ignorante; desarrollado y subdesarrollado. Su extraordinaria eficacia práctica ha contribuido a ocultar una pregunta mucho más incómoda: ¿qué ocurre cuando las categorías utilizadas para comprender la realidad terminan sustituyendo a la realidad que pretendían explicar? En ese momento deja de ser evidente dónde termina la observación y dónde comienza la producción misma del fenómeno observado. Las clasificaciones dejan de funcionar únicamente como herramientas descriptivas para convertirse en condiciones de posibilidad de la percepción, la interpretación y la intervención sobre el mundo social.

Esta cuestión trasciende el ámbito de la epistemología. La capacidad de clasificar constituye uno de los principales mecanismos mediante los cuales las sociedades distribuyen conocimiento, autoridad y poder. Quien consigue imponer las categorías legítimas para nombrar un fenómeno no sólo obtiene una ventaja interpretativa; adquiere la posibilidad de definir qué problemas existen, cuáles serán reconocidos institucionalmente, quiénes estarán autorizados para intervenir sobre ellos y quiénes deberán limitarse a aceptar interpretaciones producidas por otros y ejecutar procedimientos establecidos en manuales, protocolos o dispositivos técnicos. La disputa por las palabras nunca ha sido exclusivamente lingüística. Es, al mismo tiempo, una disputa por la producción social de la realidad.

Paradójicamente, mientras las ciencias del siglo XX comenzaron a abandonar los supuestos deterministas heredados de la tradición positivista para comprender los fenómenos como sistemas dinámicos, relacionales y emergentes, buena parte de las instituciones continuó operando mediante categorías relativamente estáticas que necesitaban estabilizar la complejidad para hacer posible la intervención administrativa. Esta tensión atraviesa silenciosamente numerosos conflictos contemporáneos relacionados con la identidad, la diferencia, el reconocimiento y la legitimidad. No porque las clasificaciones sean falsas, sino porque tienden a ocultar su carácter histórico y contingente, presentándose como propiedades naturales de un mundo que ellas mismas contribuyen a organizar.

La dificultad adquiere una dimensión política aún más profunda cuando se reconoce que nadie ocupa permanentemente la posición de experto. Toda persona pertenece simultáneamente a comunidades donde su conocimiento resulta socialmente reconocido y a otras donde carece de legitimidad para intervenir. La oposición entre comunidades expertas y no expertas no designa grupos humanos diferentes; expresa posiciones relacionales dentro de sistemas institucionales de producción de conocimiento. La autoridad científica, jurídica, médica, económica o religiosa no constituye un atributo inherente de los individuos; depende del sistema de referencia que organiza una situación determinada. En consecuencia, toda clasificación distribuye también capacidades diferenciadas de acción política.

La hipótesis central de este trabajo sostiene que las categorías sociales no constituyen objetos estables, sino estabilizaciones temporales dentro de sistemas dinámicos de referencia producidos históricamente mediante procesos de interacción social, institucionalización y conflicto político. Las palabras pueden permanecer relativamente constantes; los sistemas de relaciones que les otorgan significado cambian de manera permanente.

Comprender estos procesos exige abandonar una concepción mecanicista de la clasificación para reconocer que los significados emergen de campos dinámicos de producción simbólica cuya estabilidad depende siempre de relaciones históricas de poder.

> Desde esta perspectiva, el problema ya no consiste en determinar cuál clasificación representa con mayor fidelidad una realidad objetiva. La cuestión pasa a ser comprender cómo determinados sistemas de referencia alcanzan suficiente legitimidad para organizar la percepción colectiva, orientar las prácticas institucionales y ampliar o restringir las posibilidades de acción de distintas comunidades. La producción simbólica deja entonces de ocupar un lugar secundario dentro de la organización social para convertirse en uno de los principales espacios donde se disputa la producción de realidad.

Esta discusión adquiere una relevancia inédita en las sociedades contemporáneas. La industrialización de la producción cultural, la concentración de los medios de comunicación, el desarrollo de plataformas digitales y la expansión de sistemas algorítmicos capaces de clasificar permanentemente personas, comportamientos y preferencias han desplazado progresivamente el centro de gravedad del poder hacia la producción y circulación industrial de sistemas de referencia. La disputa política ya no se libra únicamente alrededor de la apropiación de los medios materiales de producción. Se libra también alrededor de la capacidad de

producir los marcos cognitivos desde los cuales las sociedades perciben aquello que consideran posible, legítimo, verdadero o deseable.

Más que discutir la corrección de una clasificación determinada, el propósito consiste en comprender los mecanismos mediante los cuales ciertas formas de nombrar el mundo llegan a convertirse, simultáneamente, en formas legítimas de gobernarlo y de reproducirlo. Si el orden puede llegar a matar, no es porque toda forma de organización conduzca inevitablemente a la violencia, sino porque ningún orden social es neutral respecto de las vidas que reconoce, protege, invisibiliza o considera prescindibles.

## La crisis del paradigma clasificatorio: de la observación objetiva a los sistemas dinámicos de referencia

Toda forma de intervención sobre la realidad presupone una manera particular de comprenderla. Antes de diagnosticar una enfermedad, formular una política pública, dictar una sentencia o diseñar una estrategia educativa, es necesario decidir qué aspectos de la realidad resultan relevantes, cuáles pueden ignorarse, cómo deben clasificarse y quién posee autoridad para interpretarlos. Ninguna intervención ocurre sobre una realidad "en sí misma"; todas se apoyan en sistemas de referencia que organizan previamente la percepción, la interpretación y la acción.

Esta manera de concebir el conocimiento alcanzó su máxima expresión durante la consolidación de la ciencia moderna entre los siglos XVII y XIX. El extraordinario desarrollo de la física, la biología, la medicina

y posteriormente de las ciencias sociales fortaleció la idea de que el mundo podía conocerse mediante la identificación de regularidades estables, la construcción de categorías relativamente precisas y la formulación de leyes generales capaces de explicar el comportamiento de los fenómenos. Clasificar equivalía a conocer; conocer permitía intervenir; intervenir significaba dominar crecientemente la incertidumbre.

La enorme capacidad explicativa de este paradigma permitió avances científicos y tecnológicos incuestionables. Sin embargo, a lo largo del siglo XX comenzó a producirse un desplazamiento epistemológico de gran alcance. Desde campos de conocimiento muy distintos entre sí empezó a consolidarse una crítica común a uno de los supuestos fundamentales del pensamiento moderno: la posibilidad de separar completamente al observador de aquello que observa.

En la física cuántica, el principio de incertidumbre formulado por Werner Heisenberg (1927) mostró que el proceso mismo de medición modifica inevitablemente el estado del sistema observado. En las matemáticas aplicadas y la meteorología, Edward Lorenz (1963) evidenció que pequeñas variaciones en las condiciones iniciales podían generar trayectorias radicalmente distintas, cuestionando la predictibilidad propia de los modelos lineales. Posteriormente, los desarrollos de la teoría de sistemas, las estructuras disipativas de Ilya Prigogine, el pensamiento complejo de Edgar Morin (1990), la biología del conocer de Humberto Maturana y Francisco Varela (1984) y las aproximaciones sistémicas de Gregory Bateson convergieron en una idea que transformó profundamente la comprensión contemporánea del conocimiento: los fenómenos complejos no pueden entenderse como objetos aislados ni como entidades completamente independientes del sistema de relaciones que los constituye.

Aunque estas investigaciones pertenecen a disciplinas diferentes, todas cuestionan la ilusión de una observación absolutamente objetiva. El conocimiento deja de concebirse como un simple reflejo de una realidad externa para entenderse como el resultado de procesos de interacción entre observadores, sistemas de referencia y fenómenos observados. Dicho de otra manera, toda observación ocurre desde un dominio explicativo determinado, condicionado por categorías conceptuales, lenguajes, prácticas sociales, instituciones y trayectorias históricas que delimitan aquello que puede ser percibido y aquello que permanece invisible.

> Este desplazamiento epistemológico tiene consecuencias que trascienden el ámbito de las ciencias naturales. Si los fenómenos complejos sólo pueden comprenderse dentro de sistemas dinámicos de relaciones, entonces las categorías sociales dejan de ser representaciones neutrales de una realidad preexistente para convertirse en componentes activos de su propia producción.

La transformación puede ilustrarse mediante un ejemplo aparentemente sencillo. Durante siglos, numerosas sociedades interpretaron determinados trastornos mentales como posesiones demoníacas, castigos divinos o manifestaciones de un desequilibrio moral. Bajo ese sistema de referencia, la autoridad recaía principalmente en líderes religiosos; las prácticas legítimas consistían en rituales, exorcismos o formas específicas de disciplina espiritual; las instituciones encargadas de intervenir pertenecían al ámbito eclesiástico. Con el desarrollo de la psiquiatría moderna no cambió únicamente la explicación del fenómeno. Cambió el sistema completo de referencias desde el cual dicho fenómeno adquiría sentido.

Aparecieron nuevas categorías diagnósticas, nuevas instituciones, nuevos especialistas, nuevos tratamientos, nuevas formas de financiación pública e incluso una nueva identidad para quienes eran objeto de intervención.

Como mostró Michel Foucault (1975), este tipo de transformaciones no consiste simplemente en sustituir una explicación falsa por otra verdadera. Implica reorganizar el conjunto de relaciones que hacen posible observar un fenómeno, definir quién está autorizado para interpretarlo, establecer qué prácticas son legítimas y construir las instituciones encargadas de administrar esa nueva realidad. El conocimiento modifica simultáneamente las formas de intervención y las formas de existencia de aquello que clasifica.

Este mismo mecanismo puede observarse en numerosos procesos históricos. La colonización europea no sólo impuso sistemas económicos y formas de organización política; impuso también clasificaciones acerca de la civilización, la raza, la religión, el desarrollo o el conocimiento legítimo. Las poblaciones indígenas dejaron de ser comprendidas desde sus propios sistemas de referencia para convertirse en objetos de evangelización, administración o tutela estatal. Del mismo modo, las luchas contemporáneas por el reconocimiento de identidades étnicas, culturales o de género muestran que los conflictos políticos rara vez giran exclusivamente alrededor de recursos materiales. También disputan la capacidad de producir las categorías mediante las cuales las sociedades organizan la experiencia colectiva.

Como hemos avanzado en la introducción, las relaciones de dominación no se limitan a la apropiación económica o la violencia física; requieren, fundamentalmente, de sistemas de significación que se presenten como

naturales o inevitables. Esto hace que la colonización del conocimiento sea, en esencia, una forma de colonización política y cultural.

Esta tensión se agudiza en la actualidad. Mientras la ciencia ha transitado hacia modelos dinámicos, nuestras instituciones, desde el sistema judicial hasta los algoritmos predictivos, persisten en esquemas clasificatorios que asumen identidades estáticas. El problema no radica en la clasificación per se, necesaria para cualquier orden social, sino en el ocultamiento de su carácter contingente e histórico. Cuando estas categorías olvidan su origen, dejan de ser herramientas descriptivas para transformarse en mecanismos de administración y producción de la realidad, operando como verdades incuestionables.

La crítica desarrollada en este trabajo no pretende eliminar las clasificaciones ni negar su utilidad práctica. Toda sociedad necesita construir referencias relativamente estables para coordinar acciones colectivas. El problema aparece cuando esas referencias olvidan su propio origen histórico, operando como verdades incuestionables que distribuyen autoridad, reconocimiento y capacidad de intervención, en detrimento de las poblaciones que dicen beneficiar. Desde esta perspectiva, el desafío ya no consiste en determinar cuál clasificación representa con mayor fidelidad una realidad supuestamente objetiva. Resulta más relevante comprender cómo determinados sistemas de referencia adquieren la capacidad de organizar la percepción colectiva, definir los problemas socialmente reconocidos y orientar las formas legítimas de intervención sobre ellos.

Es precisamente en este terreno donde la producción simbólica, las instituciones y las relaciones de poder comienzan a entrelazarse de manera inseparable. Como advirtió Jean Baudrillard (1981), los sistemas contemporáneos de producción simbólica pueden alcanzar tal grado de

autonomía que las representaciones terminan organizando la experiencia social con mayor fuerza que los propios referentes materiales y aquello que imitaba la realidad (simulacro) termina construyendo la realidad haciendo imposible delimitar dónde empieza el simulacro y dónde termina la realidad o viceversa. La disputa política deja entonces de librarse únicamente sobre la producción de bienes o la distribución de recursos; se desplaza principalmente hacia la producción de los sistemas de referencia desde los cuales las sociedades perciben aquello que consideran verdadero, posible, legítimo o incluso imaginable.

## La producción simbólica como infraestructura del poder

Si toda intervención sobre la realidad depende de los sistemas de referencia mediante los cuales dicha realidad es comprendida, entonces la producción de esos sistemas deja de ser una actividad secundaria de la vida social para convertirse en uno de los principales escenarios de disputa política. Ninguna sociedad produce únicamente bienes materiales. Produce simultáneamente los significados mediante los cuales esos bienes adquieren valor, las identidades que los hacen posibles, las instituciones que organizan su circulación y las formas de legitimidad que permiten su reproducción.

Esta afirmación obliga a revisar uno de los supuestos más persistentes del pensamiento social moderno. Tradicionalmente, la producción simbólica fue concebida como una consecuencia derivada de la producción material. Incluso buena parte del marxismo terminó privilegiando las relaciones

económicas como principal fundamento explicativo de las transformaciones históricas. Sin desconocer la enorme capacidad analítica de esta perspectiva, las condiciones contemporáneas obligan a reconsiderar esa relación. No porque la economía haya dejado de ser importante, sino porque el peso relativo de la producción simbólica dentro de la reproducción social ha cambiado profundamente.

En las sociedades industriales analizadas por Marx, la mayor parte del trabajo social se concentraba en la transformación material de la naturaleza. La fábrica constituía el espacio privilegiado donde se organizaban simultáneamente la producción, la explotación y el conflicto político. Sin embargo, el desarrollo tecnológico, la automatización, la expansión del sector servicios, las industrias culturales y las plataformas digitales han desplazado progresivamente el centro de gravedad del trabajo humano hacia actividades relacionadas con el procesamiento de información, la producción de conocimiento, el diseño, la comunicación, la gestión de datos, la creación de narrativas y la organización de sistemas simbólicos.

Este desplazamiento no implica la desaparición del trabajo material. Ninguna sociedad puede prescindir de la producción de alimentos, energía, infraestructura o bienes físicos. Lo que cambia es la relación entre ambos procesos. Cada vez resulta más evidente que la producción material depende crecientemente de sistemas complejos de producción simbólica que organizan el conocimiento científico, la innovación tecnológica, las decisiones financieras, la circulación de información, las plataformas digitales, la publicidad, los sistemas educativos, los medios de comunicación y los dispositivos algorítmicos que regulan buena parte de la interacción contemporánea.

En consecuencia, la producción simbólica deja de aparecer como un simple reflejo de las relaciones económicas para convertirse en una condición necesaria de su reproducción. Ningún mercado funciona sin sistemas compartidos de confianza; ninguna moneda posee valor únicamente por el material que la compone; ninguna innovación tecnológica logra consolidarse sin dispositivos culturales que la hagan socialmente aceptable; ningún Estado gobierna exclusivamente mediante la fuerza; ninguna empresa vende solamente productos: vende estilos de vida, expectativas, identidades, prestigio y formas de reconocimiento.

La economía contemporánea ofrece múltiples ejemplos de este desplazamiento. El valor bursátil de muchas de las mayores corporaciones del mundo ya no depende principalmente de los bienes físicos que producen, sino del control que ejercen sobre plataformas de información, marcas, patentes, algoritmos, bases de datos, redes de comunicación y ecosistemas digitales capaces de organizar el comportamiento de millones de personas. Buena parte de su riqueza proviene precisamente de administrar sistemas de referencia que orientan decisiones individuales y colectivas antes incluso de que dichas decisiones se materialicen en actos de consumo.

Esta transformación obliga también a revisar la comprensión clásica de la alienación. Marx mostró cómo el trabajador industrial era separado del producto de su trabajo y de la plusvalía que generaba. En las sociedades contemporáneas continúa existiendo esa forma de explotación económica, pero adquiere una dimensión adicional. Los individuos participan diariamente en la producción de enormes cantidades de información, conocimiento, símbolos, afectos, imágenes, opiniones y relaciones sociales cuyo valor económico y político es apropiado por grandes estructuras institucionales que administran su circulación. La disputa ya no gira

únicamente alrededor de quién controla los medios de producción material, sino también alrededor de quién produce, organiza, distribuye y legitima los sistemas de referencia mediante los cuales las sociedades comprenden su propia existencia.

> En este sentido, la alienación ya no consiste solamente en perder el control sobre lo que se produce. Consiste también en perder la capacidad de producir los significados mediante los cuales se interpreta la propia experiencia. Las comunidades continúan generando cultura, memoria, conocimiento y formas de organización; sin embargo, una proporción creciente de esos procesos simbólicos es capturada, reorganizada y redistribuida por industrias culturales, plataformas tecnológicas, sistemas educativos, medios masivos de comunicación e instituciones especializadas que terminan definiendo cuáles narrativas alcanzan legitimidad pública y cuáles permanecen confinadas a espacios marginales.

Pierre Bourdieu (1991) había mostrado que el poder simbólico consiste precisamente en la capacidad de imponer como legítima una determinada visión del mundo sin que dicha imposición aparezca como una forma de dominación. Antonio Gramsci (1971), décadas antes, describió este proceso mediante el concepto de hegemonía, entendida como la capacidad de construir consenso alrededor de un orden cultural que termina siendo vivido como sentido común. Jean Baudrillard (1981)

radicalizó posteriormente esta discusión al mostrar cómo los sistemas contemporáneos de signos pueden llegar a adquirir una autonomía tal que las representaciones organizan la experiencia con mayor eficacia que los propios referentes materiales.

La producción industrial de la cultura constituye una de las expresiones más visibles de esta transformación. Del mismo modo que la producción industrial desplazó buena parte de las formas artesanales de fabricación de bienes materiales, las industrias culturales y tecnológicas han desplazado progresivamente numerosas formas comunitarias de producción de símbolos, relatos, memorias e identidades. Este proceso no elimina la creatividad de las comunidades; modifica profundamente las condiciones bajo las cuales esa creatividad puede adquirir reconocimiento social, capacidad de circulación e influencia política.

Por ello, la disputa contemporánea por el poder no puede reducirse a la apropiación de los medios materiales de producción. Se extiende hacia el control de los sistemas de producción simbólica capaces de organizar la percepción colectiva, estabilizar determinados sistemas de referencia y definir qué formas de conocimiento serán consideradas legítimas. En las sociedades contemporáneas, producir símbolos equivale cada vez más a producir realidad social.

# La economía política de los sistemas de referencia

La tendencia a separar la producción material de la producción simbólica constituye una de las herencias más persistentes del pensamiento moderno. Con frecuencia se asume que primero existen los objetos, las instituciones o las relaciones económicas y que posteriormente aparecen las ideas, los valores o las representaciones encargadas de describirlos. Sin embargo, la experiencia histórica muestra un proceso mucho más complejo. Ninguna sociedad ha conseguido organizar de manera estable la producción material sin producir simultáneamente un universo compartido de significados capaz de orientar la conducta de quienes participan en ella.

Un billete posee el mismo soporte físico que un trozo de papel. Una escritura pública no es más que tinta sobre hojas impresas. Una frontera internacional rara vez coincide con un accidente geográfico visible. Un título universitario consiste apenas en unas cuantas páginas firmadas por una institución. Nada de ello posee eficacia por sus propiedades materiales. Su capacidad para organizar la vida colectiva depende de que millones de personas reconozcan, casi siempre de manera tácita, el sistema de referencias que les otorga sentido. Allí donde dicho reconocimiento desaparece, también desaparece la institución, aunque el objeto material permanezca intacto.

Esta constatación modifica profundamente la forma de comprender la organización social. La economía necesita símbolos tanto como necesita materias primas; el derecho depende tanto de la legitimidad como de

la fuerza; la política requiere producir significados antes de administrar territorios. La producción simbólica no constituye un complemento de la producción material; constituye una de sus condiciones de posibilidad.

Claude Lévi-Strauss (1949) mostró este fenómeno al estudiar las estructuras elementales del parentesco. Desde una perspectiva exclusivamente biológica no existe ninguna razón para que determinadas personas sean consideradas familia y otras no. Son las reglas culturales las que establecen quién puede casarse, quién hereda, quién pertenece a un linaje, quién puede intercambiar bienes o quién queda excluido de determinadas relaciones sociales. El parentesco no organiza únicamente la reproducción biológica; organiza la reproducción del orden social mediante sistemas simbólicos extraordinariamente complejos que cada comunidad considera naturales precisamente porque fueron aprendidos desde la infancia.

Algo semejante ocurre con la propiedad privada. Un terreno no pertenece a una persona porque exista una diferencia física observable entre el propietario y quienes no lo son. Lo que distingue ambas posiciones es una extensa red institucional integrada por registros públicos, notarías, jueces, catastros, bancos, policías, códigos civiles y sistemas educativos que enseñan desde edades tempranas qué significa ser propietario. Cuando alguien invade un terreno, la intervención estatal no protege simplemente una cerca o un cultivo; protege el sistema simbólico que hace posible reconocer la propiedad como una institución legítima. Sin ese entramado cultural e institucional, la propiedad sería únicamente una relación de fuerza.

El dinero constituye otro ejemplo revelador. Su valor no depende del papel, del polímero o del metal con el que se fabrica, sino del reconocimiento colectivo de un complejo sistema económico respaldado por bancos centrales, políticas monetarias, mercados financieros y normas jurídicas. Cuando ese reconocimiento se rompe, como ocurrió en numerosos procesos hiperinflacionarios del siglo XX, la pérdida de valor no comienza en el billete sino en el sistema de referencias que sostenía la confianza social sobre la cual descansaba su circulación.

Estos ejemplos permiten comprender una idea central: la producción simbólica no crea únicamente representaciones acerca de la realidad; produce las condiciones bajo las cuales determinadas realidades pueden existir socialmente. La propiedad, el dinero, las fronteras, las nacionalidades, las profesiones, los derechos o las obligaciones son instituciones cuya eficacia depende mucho menos de sus soportes materiales que de la estabilidad de los sistemas de referencia que las sostienen.

Esta observación adquiere una importancia aún mayor cuando se traslada al terreno del conocimiento. Humberto Maturana sostiene que todo observador opera necesariamente desde un dominio explicativo determinado. No observamos una realidad independiente de nosotros para posteriormente interpretarla; observamos desde categorías previamente aprendidas que delimitan aquello que resulta visible y aquello que permanece fuera del campo de observación. La realidad no desaparece por ello, pero nuestra capacidad para actuar sobre ella siempre se encuentra mediada por los sistemas de referencia construidos culturalmente.

La historia de la medicina permite ilustrar este proceso. Durante siglos numerosas sociedades interpretaron la enfermedad como consecuencia de fuerzas sobrenaturales, desequilibrios espirituales o castigos divinos. Las

intervenciones legítimas correspondían entonces a sacerdotes, curanderos o autoridades religiosas. Posteriormente la medicina científica reorganizó completamente ese universo simbólico. No cambió únicamente el tratamiento. Cambiaron los criterios para definir qué era una enfermedad, quién podía diagnosticarla, qué instituciones administraban el proceso y cuáles conocimientos adquirían reconocimiento oficial. Como mostró Michel Foucault (1975), el nacimiento del hospital moderno, de la clínica y de las disciplinas médicas no significó simplemente un progreso técnico. Representó la construcción de un nuevo régimen de verdad capaz de reorganizar simultáneamente el conocimiento, la autoridad y las formas legítimas de intervención sobre los cuerpos.

El mismo mecanismo puede observarse en la educación. Pierre Bourdieu (1977) cuestionó la idea según la cual la escuela recompensa exclusivamente el mérito individual. Sus investigaciones muestran que el sistema educativo transforma diferencias culturales heredadas en aparentes diferencias de talento. El estudiante cuya familia domina el lenguaje legítimo, los códigos escolares, los hábitos de lectura y las formas de interacción valoradas institucionalmente encuentra un entorno que reconoce como propios los recursos culturales adquiridos desde la infancia. El estudiante que proveniente de contextos distintos debe aprender simultáneamente los contenidos escolares y el lenguaje cultural que permite ser reconocido como competente. Lo que aparece como igualdad de oportunidades oculta, en muchos casos, un complejo proceso de reproducción del capital simbólico.

Antonio Gramsci había advertido décadas antes que ninguna forma de dominación puede sostenerse únicamente mediante la coerción. Un estado puede imponer obediencia durante un tiempo por medio de la fuerza, pero la estabilidad política exige construir consensos suficientemente am-

plios para que las propias poblaciones interpreten el orden existente como razonable, legítimo o inevitable. La hegemonía consiste precisamente en lograr que determinadas formas de comprender la realidad sean asumidas espontáneamente incluso por quienes ocupan posiciones subordinadas dentro de ella.

Las experiencias coloniales permiten observar este fenómeno con especial claridad. Enrique Dussel (1994) sostiene que la conquista de América no comenzó únicamente con la ocupación militar de los territorios. Comenzó cuando Europa logró situarse como centro epistemológico del mundo, estableciendo que sus formas de conocimiento, su religión, su organización política y su concepción de la humanidad constituían el criterio universal desde el cual debían juzgarse todas las demás culturas. La colonización fue, desde sus orígenes, una reorganización global de los sistemas de referencia.

De igual forma, Orlando Fals Borda respondió a esa herencia colonial cuestionando la manera como las ciencias sociales convertían a las comunidades populares en simples objetos de investigación. La Investigación Acción Participativa propuso una ruptura fundamental: quienes viven los problemas también producen conocimiento sobre ellos. La legitimidad científica deja entonces de depender exclusivamente de las instituciones académicas y comienza a construirse mediante procesos colectivos de investigación, deliberación y transformación social. La democratización del conocimiento no consiste únicamente en divulgar resultados científicos; implica ampliar la capacidad de las comunidades no científicas, de producir explicaciones legítimas acerca de la propia realidad.

El trabajo de Luis Guillermo Vasco profundizó esta crítica al señalar que incluso la antropología crítica continuaba interpretando los pueblos

indígenas desde categorías conceptuales ajenas a sus propios sistemas de comprensión. Su propuesta de una antiantropología no busca perfeccionar las técnicas de observación sobre el otro; pretende desmontar la relación colonial que convierte permanentemente al otro en objeto de conocimiento mientras reserva para Occidente el privilegio de producir teoría. El problema ya no consiste en estudiar mejor a las comunidades; consiste en reconocerlas como comunidades capaces de elaborar marcos explicativos igualmente válidos para comprender el mundo.

Una lógica semejante atraviesa las relaciones de género. Silvia Federici (2004) reconstruyó el proceso mediante el cual la transición hacia el capitalismo moderno requirió transformar profundamente la reproducción social. La persecución de miles de mujeres durante la llamada caza de brujas no respondió simplemente al fanatismo religioso. Constituyó un mecanismo de disciplinamiento orientado a destruir formas comunitarias de conocimiento, controlar la capacidad reproductiva femenina y reorganizar el trabajo doméstico de acuerdo con las necesidades del nuevo sistema económico. La violencia material sólo pudo consolidarse porque previamente se había construido un sistema simbólico que convertía determinadas formas de vida en amenazas para el nuevo orden.

En la misma dirección, Rita Segato (2016) identifica un mecanismo semejante en numerosos escenarios contemporáneos de violencia contra las mujeres. Sus investigaciones muestran que muchas agresiones sexuales ocurridas en contextos de guerra, crimen organizado o control territorial funcionan como mensajes políticos dirigidos a otros hombres antes que como actos motivados exclusivamente por el deseo sexual. La violencia reafirma jerarquías, comunica obediencia a estructuras superiores de poder y convierte el cuerpo femenino en soporte simbólico de la dominación. El

daño físico resulta inseparable del orden cultural al que el ejercicio de la violencia le otorga significado.

Estos ejemplos muestran que la producción simbólica nunca ha sido un fenómeno marginal. Cada transformación profunda de la organización social ha requerido reorganizar previamente los sistemas mediante los cuales las comunidades interpretan la realidad. La industrialización modificó las relaciones entre capital y trabajo porque transformó simultáneamente las nociones de tiempo, disciplina y productividad. La expansión de los Estados nacionales necesitó producir himnos, banderas, sistemas educativos e historias oficiales capaces de construir la idea de pertenencia colectiva.

> El capitalismo contemporáneo dedica enormes recursos a la producción de marcas, identidades, información, entretenimiento, plataformas digitales y sistemas algorítmicos porque comprende que quien organiza los marcos desde los cuales las personas perciben el mundo interviene también sobre las decisiones que posteriormente adoptarán.

Aquí emerge una de las hipótesis centrales de este trabajo. Durante buena parte de la sociedad industrial, la principal fuente de acumulación descansaba en la apropiación del trabajo material. Sin embargo, las transformaciones tecnológicas, comunicativas y culturales de las últimas décadas han desplazado progresivamente el centro de gravedad hacia la producción industrial de sistemas simbólicos. Las grandes plataformas tecnológicas ya no controlan únicamente infraestructuras materiales;

administran los algoritmos que jerarquizan la información, organizan la atención, producen visibilidad, clasifican poblaciones y moldean los sistemas de referencia desde los cuales millones de personas interpretan cotidianamente la realidad. La disputa política contemporánea ya no gira únicamente alrededor del control de los medios de producción de mercancías tangibles. Se desplaza, cada vez con mayor intensidad, hacia el control de los medios de producción de significado.

## Los sistemas dinámicos de referencia: producción, estabilización y transformación del significado social

Los actores aprenden, al tiempo que no permanecen inmutables en sus trayectorias a lo largo del tiempo ni en cuanto a su configuración ni sus campos de relaciones ni en sus posicionamientos estratégicos. Las instituciones se adaptan presentando patrones similares. Los discursos cambian adaptando los nuevos posicionamientos o definiendo trayectorias futuras. De esta forma los conflictos transforman las reglas de interacción. Las explicaciones disponibles alteran las formas de comportamiento de quienes participan en ellas. En consecuencia, las relaciones que constituyen el sistema son tan importantes como los elementos que lo integran.

Esta realidad posee implicaciones profundas para el estudio de los fenómenos sociales. Cuando una persona escucha la expresión "clase media", "democracia", "desarrollo", "identidad nacional" o "seguridad ciudadana", suele asumir que dichos términos remiten a objetos relativamente definidos y estables en el tiempo. Sin embargo, su significado depende de complejas

redes de relaciones sociales, culturales e institucionales que permanecen en constante transformación.

El significado deja entonces de entenderse como una propiedad inherente de los conceptos para aparecer como una función emergente de las relaciones que los vinculan dentro de un sistema social determinado. La palabra "familia" continúa siendo utilizada en prácticamente todas las sociedades contemporáneas. Sin embargo, las relaciones que organizan aquello que una comunidad reconoce como familia han experimentado profundas transformaciones a lo largo del tiempo. Cambian las formas de parentesco, los roles de género, las estructuras de autoridad, los modelos de convivencia y los criterios de reconocimiento legal. El significante permanece. El campo de relaciones que le otorga sentido se transforma. Lo mismo ocurre con conceptos como ciudadanía, trabajo, pobreza, educación o incluso conocimiento científico. Su aparente estabilidad lingüística oculta una dinámica permanente de reconfiguración social.

Esta lógica es central para comprender lo que Ernesto Laclau (2005) denomina el ***significante vacío***: un término que, al vaciarse de un contenido particular para representar una cadena de demandas heterogéneas, adquiere la capacidad de articular una identidad colectiva, evidenciando que el orden social es, en esencia, una construcción discursiva siempre abierta y en constante disputa. Desde esta perspectiva, los significados no pueden ser concebidos como entidades fijas almacenadas en palabras, categorías o definiciones fijas. Funcionan más bien como posiciones temporales, puntos de referencia móviles dentro de campos dinámicos de relaciones sociales.

Lo que una comunidad entiende por justicia puede diferir radicalmente de lo que otra considera justo, incluso cuando ambas utilizan exactamente

la misma palabra. Esta situación no implica que los significados sean arbitrarios. Por el contrario. Las relaciones que producen significado poseen estructuras identificables, patrones relativamente estables y mecanismos observables de reproducción social. Pero dichas estructuras no operan como objetos inmóviles. Funcionan como configuraciones dinámicas que se reorganizan continuamente en respuesta a nuevas condiciones históricas.

La teoría de sistemas, las ciencias de la complejidad y diversas aproximaciones contemporáneas al estudio de los fenómenos sociales han permitido comprender con mayor claridad esta condición. Como afirma Eleonor Ostrom (1990), la gestión de los bienes comunes requiere instituciones flexibles. Conceptos como emergencia, autoorganización, adaptación y equilibrio dinámico describen procesos mediante los cuales sistemas altamente complejos logran mantener cierta estabilidad sin dejar por ello de transformarse constantemente.

Las sociedades humanas parecen operar precisamente de esta manera. Su continuidad no depende de la permanencia absoluta de sus componentes, sino de la capacidad de reorganizar continuamente las relaciones que los articulan. Las clases sociales, las identidades colectivas, las instituciones y los sistemas de conocimiento no constituyen objetos estáticos que esperan ser descubiertos y reproducidos mecánicamente por los cerebros de los grupos de observadores(as). Son configuraciones dinámicas producidas y reproducidas mediante complejos procesos de interacción social. Comprenderlas exige desplazar la atención desde las categorías mismas hacia las relaciones que las hacen posibles. Porque aquello que llamamos realidad social no está compuesto principalmente por cosas, sino por sistemas dinámicos de relaciones que producen, estabilizan y transforman

continuamente los significados mediante los cuales una sociedad se comprende a sí misma.

Buena parte del desarrollo científico de los siglos XVII al XIX estuvo orientado precisamente a perfeccionar esta capacidad de clasificación. Comprender implicaba distinguir. Explicar requería ordenar. Conocer significaba identificar las propiedades (aquello que le es propio a las unidades u objetos de estudio) que permitían diferenciar una cosa de otra. Una identidad colectiva no existe como una propiedad física observable. Una profesión, una nación, una raza o incluso una institución dependen de complejos sistemas de referencia mediante los cuales una comunidad produce, reproduce y estabiliza determinadas formas de interpretación de la realidad. Una universidad deja de ser una universidad si desaparecen los sistemas de reconocimiento que le otorgan legitimidad. Una moneda deja de funcionar como dinero cuando deja de existir una comunidad capaz de atribuirle valor. Una autoridad pierde su capacidad de mando cuando desaparecen las estructuras simbólicas que sostienen su legitimidad.

Lo anterior no significa que los fenómenos sociales sean ilusiones o ficciones arbitrarias que viven en la ilusión individual-colectiva del pensamiento y la cultura. Significa algo mucho más complejo: su realidad se encuentra inseparablemente ligada a los sistemas de referencia simbólica que permiten producirla, interpretarla y reproducirla socialmente. Se analizan las clases sociales, las identidades, las organizaciones o las instituciones como unidades diferenciadas de observación, cuando en realidad todas ellas dependen de redes dinámicas de relaciones que modifican continuamente las condiciones de su existencia.

La dificultad de esta definición puede ilustrarse mediante una analogía contemporánea. Cuando un modelo de lenguaje procesa una palabra aislada, dicha palabra carece prácticamente de significado por sí misma. Su capacidad para producir sentido dentro del modelo no reside en una definición fija almacenada en algún lugar del sistema, a la antigua usanza de los diccionarios o las enciclopedias o los textos especializados. Hoy emerge de las relaciones estadísticas que la conectan con millones de otras palabras (o tokens) dentro de una compleja red de asociaciones de unidades básicas del sistema de referencia al cual se atan mediante el estudio del uso de sus asociaciones y relaciones dentro del lenguaje. El significado de un término no está contenido en el término mismo; se encuentra distribuido en la estructura relacional que permite establecer conexiones con otros elementos del sistema.

Lo que una sociedad entiende por democracia no puede reducirse a una definición jurídica, académica o experta. Depende de sus formas de participación política, de sus conflictos históricos, de sus instituciones, de sus sistemas educativos, de sus medios de comunicación y de múltiples relaciones que desbordan cualquier definición aislada. En consecuencia, el significado no debe buscarse en los significantes considerados individualmente objetivados en textos, arquitecturas, o tantas otras formas de objetivación de la memoria individual-social. Debe buscarse en los campos de relaciones tanto materiales como simbólicas que les permiten adquirir sentido dentro de una comunidad, dentro de una red particular de sentido, de existencia, de posicionamiento determinadas, este fenómeno es bastante estudiado y comprendido por la obra de Pierre Bourdieu en su teoría de los campos sociales y el concepto específico de habitus. Obligando a reconsiderar uno de los supuestos más arraigados de las prácticas clasificatorias.

Las categorías sociales suelen ser tratadas como entidades relativamente permanentes  cuyos significados pueden fijarse mediante definiciones suficientemente precisas. Sin embargo, aquello que llamamos significado constituye más bien una estabilización temporal dentro de un sistema dinámico de relaciones en permanente transformación, al estilo de la estructura de una ola en un cuerpo de agua. Si se toma una fotografía, un punto de referencia dentro del cuerpo de agua en un momento dado ocupará una posición y forma, que en una figura de continuidad (secuencia de fotos o video) mantendría una forma relativamente estable, pero en constante movimiento, con desplazamientos que no pueden ser determinables con facilidad.

Las palabras permanecen, los sistemas de referencia cambian. Los términos sobreviven durante siglos. Los campos de significación que les otorgan sentido pueden transformarse radicalmente en pocas décadas. Desde esta perspectiva, las clasificaciones dejan de aparecer como representaciones de objetos sociales discretos y comienzan a entenderse como mecanismos de estabilización simbólica. Su función principal no consiste en reflejar fielmente una realidad preexistente, sino en producir niveles suficientes de coherencia que permitan coordinar acciones colectivas dentro de contextos complejos e inciertos. La aparente estabilidad de las categorías constituye entonces un efecto de la reproducción social y no una propiedad inherente de los fenómenos que describen. Nuevos conflictos, nuevas tecnologías, nuevas formas de organización social y nuevas experiencias colectivas modifican continuamente los campos de referencia que las sostienen.

La consecuencia epistemológica es profunda. El objeto de análisis ya no puede reducirse a las categorías visibles que organizan la experiencia social. Debe desplazarse hacia los sistemas dinámicos de relaciones que permiten

comprender por qué determinadas categorías adquieren sentido, cómo logran estabilizarse temporalmente y bajo qué condiciones comienzan a transformarse. Si los sistemas de referencia que organizan la vida social se encuentran en permanente transformación, surge una pregunta inevitable: ¿cómo logran las sociedades mantener algún nivel de estabilidad a lo largo del tiempo? Las instituciones constituyen uno de los principales mecanismos mediante los cuales ocurre este proceso.

Tradicionalmente, las instituciones han sido entendidas como conjuntos relativamente estables de normas, procedimientos y estructuras organizativas destinadas a regular determinados aspectos de la vida colectiva. Sin embargo, esta definición resulta insuficiente para comprender plenamente su papel dentro de los sistemas sociales complejos. Más allá de sus funciones administrativas o jurídicas, las instituciones operan como dispositivos de memoria colectiva. Su función principal no consiste únicamente en coordinar acciones presentes, sino también en conservar y reproducir sistemas de referencia que permiten a una comunidad mantener cierta continuidad histórica frente a la permanente transformación de sus condiciones de existencia.

Las lenguas ofrecen un ejemplo particularmente ilustrativo. Ninguna generación construye desde cero el idioma que utiliza para comunicarse. Cada individuo hereda un complejo sistema de significados producido colectivamente a lo largo de siglos. Algo similar ocurre con los sistemas

jurídicos, las tradiciones científicas, las formas de organización política y los marcos culturales mediante los cuales una sociedad interpreta su propia experiencia. Las instituciones conservan distinciones que permiten reconocer qué comportamientos son aceptables, qué conocimientos son legítimos, qué procedimientos deben utilizarse para resolver conflictos y cuáles son las formas válidas de participación dentro de un determinado orden social. Sin estos mecanismos de estabilización la vida colectiva sería prácticamente imposible.

Una sociedad incapaz de conservar memoria tendría que reconstruir permanentemente los significados básicos que hacen posible la coordinación de las acciones humanas. Cada generación debería comenzar nuevamente desde cero. La continuidad histórica desaparecería y con ella gran parte de las capacidades acumuladas que permiten sostener formas complejas de organización social. Sin embargo, la misma función que hace posible la estabilidad introduce también una tensión fundamental. Las instituciones conservan sistemas de referencia producidos en contextos históricos específicos. Pero las condiciones sociales, económicas, tecnológicas y culturales continúan transformándose. Como resultado, toda institución enfrenta permanentemente el desafío de reproducir estructuras heredadas mientras intenta adaptarse a realidades cambiantes. Esta tensión puede observarse con claridad en numerosos ámbitos contemporáneos.

Los sistemas educativos continúan enseñando categorías profesionales diseñadas para mercados laborales y realidades de entornos productivos que ya no existen, o por lo menos, no de la misma forma en que fueron estudiados y sistematizados. Los sistemas jurídicos enfrentan dificultades similares para regular tecnologías que modifican constantemente las condiciones de interacción social. Las instituciones políticas intentan

representar sociedades cada vez más diversas mediante estructuras diseñadas bajo supuestos históricos diferentes.

Toda memoria estabiliza y toda estabilización introduce cierto grado de inercia conservadora frente al cambio. Desde esta perspectiva, muchos conflictos sociales pueden interpretarse como expresiones de tensiones entre sistemas de referencia heredados y nuevas configuraciones emergentes que todavía no encuentran formas institucionales adecuadas de reconocimiento. Las universidades reproducen tradiciones teóricas y metodológicas. Los sistemas jurídicos reproducen formas particulares de comprender la justicia. Los sistemas médicos reproducen criterios específicos para distinguir entre salud y enfermedad. Los organismos estadísticos reproducen categorías destinadas a observar y clasificar poblaciones. Cada una de estas operaciones contribuye simultáneamente a preservar determinadas formas de conocimiento y a limitar otras posibilidades de interpretación.

Aquello que permanece fuera de sus mecanismos de validación institucional enfrenta mayores dificultades para alcanzar legitimidad colectiva. Como lo ha planteado Enrique Dussel (2000), esta tarea conlleva la necesidad imperativa de reinterpretar y resignificar el mundo occidental desde categorías propias, rompiendo con la colonialidad del saber que ha subordinado nuestras experiencias históricas. No se trata únicamente de controlar organizaciones o recursos administrativos. Se trata de intervenir los procesos mediante los cuales una sociedad conserva, reproduce y transforma los sistemas de referencia que orientan su comprensión del mundo. Las instituciones son simultáneamente mecanismos de continuidad y escenarios de conflicto. Conservan experiencias acumuladas indispensables para la reproducción colectiva, pero también participan activamente en

la estabilización de relaciones de poder y de sistemas de referencia cuya legitimidad permanece siempre abierta a la disputa histórica.

Una de las ilusiones más persistentes de las sociedades contemporáneas consiste en imaginar la experticia como una propiedad individual. Bajo esta perspectiva, los expertos serían personas que poseen mayores cantidades de conocimiento sobre determinados temas y cuya autoridad deriva directamente de esa superioridad cognitiva. Ninguna persona es experta en todos los campos del conocimiento. Incluso los individuos con mayores niveles de especialización dependen constantemente de conocimientos producidos por otros. El investigador confía en sistemas médicos que no comprende completamente. El médico utiliza tecnologías cuyo funcionamiento detallado desconoce. El ingeniero depende de sistemas jurídicos que rara vez domina. El juez recurre a conocimientos científicos cuya producción escapa a su campo de formación.

La condición de experto y no experto no describe tipos diferentes de personas. Describe posiciones relativas dentro de sistemas específicos de producción y validación de conocimiento. Todos ocupamos simultáneamente ambas posiciones. Somos expertos respecto de algunos dominios de experiencia y no expertos respecto de muchos otros. La experticia no es simplemente conocimiento. Es conocimiento institucionalmente legitimado. Esta diferencia resulta fundamental. Una comunidad campesina puede poseer conocimientos altamente sofisticados sobre sistemas agrícolas construidos durante generaciones de observación y experiencia práctica. Una comunidad indígena puede desarrollar formas complejas de comprensión ecológica imposibles de reducir a categorías científicas convencionales. Un paciente puede conocer aspectos de su propia experiencia corporal inaccesibles para cualquier observador externo.

La diferencia no necesariamente reside en la calidad intrínseca del conocimiento producido. Reside en los mecanismos de legitimación que determinan cuáles formas de conocimiento serán reconocidas como válidas dentro de un orden institucional determinado. Desde esta perspectiva, las comunidades expertas pueden entenderse como comunidades que han logrado consolidar mecanismos relativamente estables de validación de sus sistemas de referencia. Su autoridad no depende únicamente de la consistencia interna de sus explicaciones. Depende también de la existencia de instituciones capaces de reproducir, certificar y proteger dichas explicaciones frente a interpretaciones alternativas.

Los títulos académicos, las certificaciones profesionales, los procedimientos metodológicos, las publicaciones especializadas, los sistemas de acreditación y los marcos regulatorios constituyen algunos de los mecanismos mediante los cuales se produce esta legitimidad. Lejos de ser simples formalidades administrativas, estos dispositivos funcionan como infraestructuras sociales destinadas a estabilizar determinados sistemas de referencia. Las comunidades expertas dejan entonces de ser percibidas como participantes dentro de una disputa por la producción de significado y pasan a ocupar la posición de árbitros aparentemente neutrales encargados de definir la naturaleza de la realidad social. Esta transformación posee consecuencias políticas profundas.

Cuando una clasificación médica define quién está sano y quién está enfermo, cuando una clasificación educativa define quién es competente y quién no lo es, cuando una clasificación económica determina quién es pobre o quién pertenece a determinada clase social, no estamos únicamente frente a operaciones descriptivas o declarativas. Estamos frente a procesos de producción institucional de realidad social. ***Una descripción que legitima una prescripción***. Las categorías utilizadas

para observar terminan participando activamente en la organización de aquello que observan. Las personas modifican sus comportamientos en función de dichas clasificaciones. Las instituciones distribuyen recursos a partir de ellas. Los sistemas jurídicos las incorporan a sus procedimientos. Los medios de comunicación las reproducen como marcos legítimos de interpretación.

> De esta manera, la capacidad para definir categorías se convierte simultáneamente en capacidad para intervenir sobre la realidad social. Aquí aparece una de las tensiones centrales de las sociedades contemporáneas. Las comunidades expertas resultan indispensables para gestionar niveles crecientes de complejidad social. Ninguna sociedad moderna podría funcionar sin sistemas especializados de producción de conocimiento. Pero precisamente porque cumplen esa función adquieren también una enorme capacidad para definir los marcos de referencia desde los cuales la sociedad interpreta sus propios problemas.

La dificultad aparece cuando los mecanismos de legitimación que respaldan sus interpretaciones se vuelven tan poderosos que las comunidades no reconocidas institucionalmente pierden capacidad efectiva para disputar los significados que organizan sus propias experiencias. En tales circunstancias, la diferencia entre experto y no experto deja de ser una simple distinción funcional asociada a la división social de la producción y distribución del conocimiento y comienza a transformarse en una relación

política vinculada a la capacidad desigual de intervenir sobre los sistemas de referencia que estructuran la vida colectiva.

La dominación contemporánea no opera únicamente mediante el control de los recursos materiales ni mediante la coerción directa o el ejercicio de la violencia física o simbólica. Opera también mediante la capacidad de imponer los sistemas de referencia desde los cuales una sociedad interpreta la realidad. El colonialismo cultural,o lo que Aníbal Quijano (2000) ha caracterizado como la "colonialidad del poder", constituye una de las formas históricas más exitosas de este proceso, pues permite que comunidades enteras adopten como propios marcos de interpretación producidos por actores externos, muchas ocasiones en contra de sus propios intereses, reproduciendo relaciones de dependencia incluso cuando los mecanismos formales de dominación política han desaparecido, como en el escenario de las guerras de independencia en América Latina, que supuestamente puso fin al orden institucional colonial.

Si las clasificaciones no constituyen propiedades objetivas de la realidad social-individual y la producción simbólica participa activamente en la construcción de los órdenes sociales, entonces resulta necesario explicar cómo se forman los sistemas de referencia desde los cuales individuos y comunidades interpretan el mundo. La cuestión no consiste únicamente en reconocer que dichos sistemas existen. El verdadero problema consiste en comprender los mecanismos mediante los cuales emergen, logran estabilizarse, se transforman y llegan incluso a convertirse en instituciones capaces de organizar la vida colectiva.

Sin embargo, estos sistemas de referencia no permanecen en transformación permanente de manera caótica. Para coordinar la acción colectiva necesitan alcanzar cierto grado de estabilidad. Esa estabilización no surge

espontáneamente del consenso ni de la coherencia lógica de las ideas. Es el resultado de múltiples mecanismos de reproducción social: la educación transmite categorías; el lenguaje fija distinciones; las normas jurídicas codifican comportamientos; las organizaciones especializan funciones; las tecnologías incorporan determinadas maneras de actuar; los rituales reproducen identidades; las estadísticas convierten diferencias continuas en categorías discretas; los medios de comunicación amplifican ciertos relatos mientras invisibilizan otros; la experiencia cotidiana confirma o cuestiona permanentemente esas interpretaciones.

La estabilidad de un sistema de referencia constituye, por tanto, un equilibrio dinámico y no un estado fijo. Como ocurre con una ola, cuya forma permanece reconocible aunque las moléculas de agua cambien continuamente su posición relativa, las sociedades conservan configuraciones relativamente estables mientras los componentes que las constituyen se transforman sin cesar. Lo que persiste no son los elementos individuales, sino el patrón de relaciones que logra reproducirse suficientemente en el tiempo.

Precisamente por ello, toda estabilidad contiene simultáneamente las condiciones de su transformación. Cada innovación tecnológica modifica formas de interacción previamente establecidas; cada conflicto social cuestiona categorías heredadas; cada generación incorpora experiencias que reconfiguran parcialmente los significados recibidos; cada nueva institución altera el equilibrio existente entre sistemas de referencia. La continuidad social nunca consiste en repetir exactamente el pasado. Consiste en reorganizar continuamente las relaciones que permiten conservar cierto grado de coherencia colectiva frente a condiciones históricas cambiantes. La estabilidad de sistemas complejos depende de su capacidad de adaptación antes que de la rigidez de sus estructuras.

Si los sistemas de referencia organizan aquello que una sociedad considera verdadero, legítimo o imaginable, entonces la disputa política deja de reducirse al control de recursos materiales. También comprende la capacidad para intervenir en los procesos mediante los cuales se producen, estabilizan y transforman esos sistemas de significación. Las luchas por el lenguaje, por la memoria, por la educación, por los medios de comunicación, por la investigación científica o por el reconocimiento jurídico, entre muchas otras, constituyen, en realidad, disputas por la arquitectura misma desde la cual una comunidad interpreta su experiencia y puede fijar o determinar horizontes comunes de sentido.

Desde esta perspectiva, los sistemas de referencia aparecen como estructuras simultáneamente cognitivas, culturales, materiales e institucionales. No son simples marcos interpretativos alojados en la conciencia individual, ni meros productos ideológicos impuestos desde arriba. Son configuraciones históricas emergentes producidas por miles de millones de interacciones cotidianas, pero cuya estabilización depende de mecanismos institucionales capaces de conservar la memoria, distribuir legitimidad y orientar la acción colectiva.

# Conclusiones

Las clasificaciones sociales constituyen uno de los principales dispositivos mediante los cuales las sociedades producen continuidad institucional, organizan la experiencia colectiva y distribuyen capacidades diferenciales de intervención sobre la realidad. Lejos de operar como representaciones neutrales de un mundo previamente dado, las categorías sociales participan activamente en la producción de aquello que nombran. Clasificar supone seleccionar determinadas relaciones, estabilizar ciertos sistemas de referencia y convertirlos en criterios legítimos para interpretar, intervenir y gobernar la vida social.

Desde esta perspectiva, el principal desplazamiento conceptual propuesto por este trabajo consiste en abandonar la idea de que las clasificaciones describen entidades discretas para comprenderlas como estabilizaciones temporales dentro de sistemas dinámicos de referencia. Lo que aparenta ser una identidad fija corresponde, en realidad, a configuraciones históricas de relaciones que se reproducen mediante procesos continuos de producción simbólica, institucionalización y legitimación. Las categorías permanecen; los sistemas de relaciones que les otorgan significado se transforman permanentemente.

Esta reformulación permite comprender que la producción simbólica no constituye un fenómeno secundario respecto de la producción material. Ambas conforman un mismo proceso histórico de producción social de la realidad. Ninguna institución, ninguna forma de autoridad, ningún sistema económico ni ninguna identidad colectiva pueden sostenerse sin los sistemas de significación que hacen posible su reconocimiento.

La disputa política deja entonces de concentrarse exclusivamente en el control de los recursos materiales para extenderse hacia el control de los sistemas de referencia mediante los cuales una sociedad define qué considera verdadero, legítimo, normal, deseable o incluso imaginable.

> Esta perspectiva también modifica la comprensión de las relaciones entre conocimiento y poder. La autoridad de las comunidades expertas no deriva únicamente de la calidad de sus explicaciones, sino de su capacidad para institucionalizar los marcos desde los cuales dichas explicaciones adquieren reconocimiento social. La experticia aparece así como una relación institucional antes que como una simple propiedad individual. De manera simultánea, comunidades históricamente subordinadas continúan produciendo conocimientos, memorias e instituciones propias que frecuentemente permanecen invisibilizadas porque carecen de mecanismos equivalentes de legitimación.

En este sentido, la colonialidad del saber, las desigualdades de género, la reproducción de las clases sociales o la subordinación cultural no pueden entenderse únicamente como formas de distribución desigual de recursos. Constituyen, simultáneamente, disputas por la capacidad de producir los sistemas de referencia desde los cuales la realidad adquiere sentido. La democratización de la producción simbólica implica, por tanto, ampliar la capacidad efectiva de diferentes comunidades para producir, validar e institucionalizar sus propios marcos de interpretación, sin depender

exclusivamente de los mecanismos de reconocimiento establecidos por los sistemas institucionales dominantes.

Finalmente, el artículo propone una reorientación metodológica para el estudio de los fenómenos sociales. En lugar de centrar el análisis en las categorías ya estabilizadas, resulta más fecundo investigar los mecanismos mediante los cuales dichas categorías son producidas, disputadas, legitimadas y transformadas. El objeto de estudio deja de ser la clasificación en sí misma para desplazarse hacia los procesos históricos que articulan producción simbólica, sistemas de referencia, institucionalización, legitimidad y poder. Comprender estos mecanismos no elimina la incertidumbre propia de las sociedades complejas, pero permite reconocer que toda clasificación permanece abierta a la disputa histórica y que, precisamente por ello, toda forma de dominación puede ser también objeto de transformación.

## Referencias


- Arendt, H. (2006). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Debolsillo. (Obra original publicada en 1963).
- Bateson, G. (1998). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Lohlé-Lumen.
- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Kairós.
- Bourdieu, P. (1977). *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge University Press.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Anagrama.

- Butler, J. (2007). *El género en disputa*. Paidós. (Obra original publicada en 1990).
- Dussel, E. (1994). *1492: El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del mito de la Modernidad*. Plural Editores.
- Fals Borda, O. (1986). *Conocimiento y poder popular*. Siglo XXI.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja*. Traficantes de Sueños. (Obra original publicada en 2004).
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI. (Obra original publicada en 1975).
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel* (Selección). Era.
- Heisenberg, W. (1971). *Physics and Beyond*. Harper & Row.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Lorenz, E. N. (1995). *The Essence of Chaos*. University of Washington Press.
- Maturana, H., & Varela, F. (1984). *El árbol del conocimiento*. Editorial Universitaria.
- Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.
- Muller, P. (2006). *Las políticas públicas*. Universidad Externado de Colombia.
- Nussbaum, M. (2012). *Crear capacidades: Propuesta para el desarrollo humano*. Paidós.
- Ostrom, E. (2000). *El gobierno de los bienes comunes*. Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1990).
- Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica.
- Prigogine, I., & Stengers, I. (1990). *La nueva alianza*. Alianza Editorial.

- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (pp. 201–246). CLACSO.

- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de Sueños.

- Stiglitz, J. E. (2012). *El precio de la desigualdad*. Taurus.

- Vasco Uribe, L. G. (2002). *Entre selva y páramo: Viviendo y pensando* la lucha india. ICANH.